

El cine de los amigos

Karen Parrado Beltrán

La luz se apaga como es costumbre. El recuadro blanco y gigante de la pantalla destierra las conversaciones de la sala de cine. Cuando empieza la película, uno ha dejado de pensar en sus expectativas para sumergirse en el estado, casi hipnótico, de las siguientes dos horas a veinticuatro fotogramas por segundo. Uno se sustrae de la realidad para empacarse de nuevo en ella cuando la luz se prende otra vez y sólo quedan los créditos que aparecen al final.

En esas líneas de créditos que están ahí para cualquier ojo, pero que solo algunos ojos curiosos leen, aparecen nombres como los de Carlos César Arbeláez, un director de cine colombiano. Algunos, al principio, logran referenciar su nombre en el panorama del cine nacional cuando oyen mencionar a ‘Poca-luz’, uno de sus personajes en la película *Los colores de la montaña*, su largometraje más famoso.

Con dos películas en su lista personal de créditos, *Los colores de la montaña* (2011) y *Eso que llaman amor* (2016), Carlos César ha trabajado con la autonomía del cine de autor: escribe sus guiones, gestiona la financiación para algunos de ellos, planea su producción, los convierte en películas que proyecta en las salas de cine cuando tiene chance de hacerlo, las lleva a los festivales y, en algunos casos, gana premios con ellas. Un trabajo fácil de enumerar en papel pero duro de materializar en películas.

—Mis dos películas han sido muy distintas, *Los colores de la montaña* fue una película de unos niños alrededor del conflicto armado en Colombia, que se ha dicho mucho que es el tema del cine colombiano. Mi última película es mucho más centrada en el mundo de Medellín, que es la ciudad donde yo

vivo. Con personajes mucho más cotidianos, que los podríamos encontrar en una cafetería y seguirlos durante veinticuatro horas. (...)Lo más fácil hubiera sido seguir por ahí pero, pues, he querido hacer un giro a mi carrera y contar algo distinto con un tema que es el amor, un tema difícil de definir pero en el cual estamos pensando todo el tiempo.

Ahora está casado con la idea de buscar su narrativa en la sensibilidad de lo cotidiano, de encontrar su voz mientras cuenta historias por la necesidad de hacerlo, sin discriminar tanto los temas. Cuando habla sobre el cine colombiano advierte la democratización que vive el cine actual con la incursión de tecnologías más sencillas y cómo esto ha hecho posible la diversificación del cine nacional. Trae al presente las palabras de Glauber Rocha —el cineasta brasileño— cuando dijo que para hacer cine solo se necesitaba “una cámara y una idea”...

—En el cine el tema no es importante, es la manera como se cuentan esos temas. (...) Al principio, como cualquier tipo de cinematografía, queríamos narrar los grandes hechos de la realidad colombiana pero, poco a poco, como el cine se ha vuelto más cotidiano, también sus historias se han hecho más cotidianas. Ya estamos narrando el conflicto de una manera más sensible, más personal y más arriesgada. Entonces, eso es posible porque ya estamos haciendo más películas y ya puedes rodar mucho. Hay cineastas que están en su tercera o cuarta película cuando en Colombia muy pocos llegaban a su cuarta o quinta película.

Su nombre suele hacer parte de un paquete de realizadores que han portado el sello de *Made in Antioquia* y a quienes su obra los ha puesto ahí porque sus historias transmiten esa sensi-

bilidad local de montañas y de la ruralidad, pero también de la vivacidad de Medellín y de la intimidad de sus calles. Por fuera de suelo antioqueño sus películas son un relato actual y eso es lo que establece su conexión con otras narrativas del cine nacional.

— No vamos a hablar de que el cine es una competencia. Medellín sí ha estado un poco rezagado en su quehacer cinematográfico. Creo que ciudades como Cali han tenido muchísima más trascendencia y nosotros, pues, hemos tenido algunos destellos. Ahora hay una magia con los directores jóvenes, que han salido del país, algunos, a presentar sus películas, otros que están saliendo de las facultades de comunicación y que tienen más cultura sobre el audiovisual. (...) Creo que hay en *Los nadie* (de Juan Sebastián Mesa, 2016) una suerte de rescate de una tradición de Víctor Gaviria, de una manera muy fresca de narrar de unos chicos que tienen una cosa generacional muy importante, que están haciendo cine con los amigos que es lo más importante.

(...)

Hay una dosis de franqueza y sencillez en sus palabras. Habla de los amigos, “el cine se hace con los amigos”, dice.

(...)

— Uno con el tiempo empieza a valorar el hecho de tener un grupo de amigos para hacer películas, eso es muy valioso. Con el tiempo, también se hace difícil conservar eso. Lo más importante de la academia es conocer otras personas, gente que tiene, más o menos, las mismas inquietudes que uno, lo cual es muy importante. Uno en la universidad conoce a dos o tres profesores que le enseñan lo único que puede enseñar uno como profesor que es la pasión por algo.

— Y de su proceso como realizador, ¿qué hay del Carlos César que se sienta a pensar una película?

— Me interesa dar una mirada muy amorosa de los personajes. Eso apenas lo estoy descubriendo. (...) Hay unas preocupaciones ahí por los personajes cotidianos, también alrededor de la muerte, porque esta es una ciudad muy violenta, de amigos muertos, entonces como que la muerte está apareciendo mucho en las nuevas historias que estoy narrando. Eso me preocupa.

Le causa gracia la última frase. Se ríe de su espontánea casualidad con la muerte. El cine es la aventura que tiene en común con otros cineastas de otras regiones del país. Para él “Colombia son muchos países” y en esto encuentra una oportunidad narrativa.

— A la final son muy diferentes las culturas nuestras, que es nuestra riqueza, pero a la vez nuestra mayor dificultad. Me parecen interesantes los cineastas que hacen cine desde la provincia porque creo que es el cine más auténtico, más personal, más trascendente. (...) Uno va haciendo su obra según lo que lo vaya moviendo. Yo pienso que inconscientemente tú encuentras los temas de tus películas.

* * *

De nuevo, uno puede volver a la lista de créditos a la salida del cine. Leer allí los nombres y, entre líneas, imaginar la historia de una aventura de amigos que empezó con los ojos cerrados y que —algunas veces varios años después— termina, ahí, con los ojos abiertos frente a una pantalla. Finalmente, los créditos son un lugar emotivo y austero para el cine de los amigos.

Karen Parrado Beltrán es estudiante de periodismo de la Universidad de Antioquia (correo: piedemosca@gmail.com). Hizo esta entrevista para la *Agenda Cultural Alma Máter*.